

ANGELISMO







LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE



31 LA CONFIRMACION.

De pronto, y cuando me hice consciente de lo que estaba viendo, algo me descolocó:
mucho de lo que yo estaba procesando... ya estaba siendo dicho.
En otros espacios, por otras voces, con otras palabras... pero con la misma esencia.

Era... como si el mensaje ya no me perteneciera.
Como si simplemente me hubiera rebasado.

Pero la vida me mostró algo distinto.

No era que no hubiera hecho nada...
era que había elegido no hacer nada... de manera consciente.

Y eso, aunque incómodo, también era parte del proceso.

Porque entendí que no se trataba únicamente de salir a decirlo...
sino de aprender a reconocerlo.

Así que, en lugar de hablar, decidí escuchar.
En lugar de enseñar, decidí observar.
Y en lugar de intentar guiar a otros... decidí trabajar en mí.

No por miedo...
sino por responsabilidad.

Y eso no era nuevo para mí.

Lo había vivido muchos años atrás, en la universidad.

En aquel entonces, yo era considerado un alumno complicado.
No por falta de capacidad... sino por actitud.
Inquieto, cuestionador, difícil de encasillar.

Pero mis capacidades eran claras.
Sabía que sabía... y sabía que lo hacía bien.

De hecho, aunque mi desempeño real estaba muy por encima del promedio,
mis calificaciones nunca lo reflejaron.
Por temas de asistencia, por mi forma de ser...

Y aun así —o quizá por eso— ocurrió algo inesperado.

Sin haberlo buscado... sin haber aplicado...
fui elegido.

De entre mi generación completa, y entre los distintos planteles,
la universidad seleccionó únicamente a dos personas para
integrarse formalmente a su equipo de diseño en oficinas centrales:

A Mony y a mí.
Otra curiosidad del destino.

Lo más curioso es que ni siquiera lo sabíamos el uno del otro.
Ambos fuimos convocados de manera independiente,
reconocidos por nuestras aptitudes creativas.

Después vino la oportunidad de integrarme como asistente de
coordinación...
y eventualmente, el siguiente paso parecía claro:

convertirme en coordinador de la carrera de Diseño Gráfico.

Pero... había una condición.

Tenía que dar clases.

Y fue ahí donde apareció el verdadero conflicto.

Porque yo sabía que podía hacerlo.
Sabía que tenía la capacidad de mostrar, explicar y transmitir lo
que sabía.

Pero también entendía que no es lo mismo saber... que saber enseñar.

Una cosa es tener una facultad —incluso innata— y otra muy distinta es tener la técnica, la estructura y la responsabilidad de formar a alguien más.

Porque hasta ese momento, yo creía que un maestro era alguien formado para enseñar.

Alguien con experiencia, con estructura, con preparación didáctica.

Y no quise ser parte de eso.

No quise convertirme en alguien que enseña desde la capacidad... y no desde la responsabilidad de forjar la formación de esos alumnos.

Así que dije que no.

Y no fue una decisión fácil.

Porque ese “no” me costó la oportunidad de seguir creciendo dentro de la universidad.

Pero aun así, lo sostuve.

No desde la duda...

sino desde una convicción muy clara:

no estaba dispuesto a influir en la vida de otros sin estar seguro de poder hacerlo con responsabilidad.

Y aunque en ese momento no lo entendí del todo, hoy sé que no fue una renuncia...

fue una elección.

La misma elección que hoy volvía a tomar:
no transmitir un mensaje o una enseñanza
sin antes vivirla en mi propia experiencia.

Porque había algo que no podía ignorar:

saber algo... no es lo mismo que entenderlo
para poder impactar la vida de alguien más.

En aquellos mismos años de universidad, tenía un amigo que, entre risas, solía decir: “Bendita ignorancia... que me hace feliz.”

En aquel tiempo nos parecía gracioso, una de esas frases que se sueltan sin peso, como quien se ríe de un chiste que realmente no entendió.

Pero hoy, al recordarla, ya no me parece tan graciosa. Tal vez porque, con los años, entendí que las palabras tienen vida propia, y que algunas, dichas a la ligera, encierran verdades que solo se revelan cuando las comprendes.

Como he mencionado en capítulos anteriores, las palabras no son simples sonidos ni letras: son contenedores de energía.

Cada una guarda un espíritu, una vibración y una intención.

Por eso, cuando las pronunciamos con conciencia, pueden sanar o herir, abrir caminos o cerrarlos, crear o destruir.

Las palabras son semillas.

Y de todas, pocas han sido tan malentendidas como una:
ignorancia.

Durante mucho tiempo creí que ignorancia significaba no saber.

Pero con los años comprendí que no siempre es así.

A veces, la ignorancia es un punto más alto en la escala de conciencia: no es no saber lo que no sabes, sino saber que no sabes... y aun así elegir no saberlo.

Es una forma de ceguera consciente.

Una defensa que el alma usa para no mirar lo que le duele, para no escuchar lo que podría transformarla.

Porque comprender también duele.

Y quien ve, ya no puede fingir que no ha visto.

Por eso muchos eligen mirar hacia otro lado, vivir en la penumbra amable de no cuestionar, de no sentir demasiado, de no pensar más allá del ruido del día.

Esa es la ignorancia más común: la que no nace de la falta de luz, sino del miedo a encenderla.

El conocimiento verdadero, en cambio, no se acumula: se despierta.

No proviene de los libros ni de la memoria, sino del instante en que algo te atraviesa y te cambia para siempre.

Ese es el verdadero saber: el que te transforma, no el que solo informa.

Y como toda transformación, incomoda.

Porque exige mirar lo que no querías ver, reconocer lo que ignorabas, y aceptar que la vida —en su perfecto diseño— es un maestro silencioso que enseña incluso cuando no queremos aprender.

Y sin embargo, hoy entiendo lo que aquel amigo quizá quiso decir sin saberlo:

que existe una forma de felicidad que nace precisamente de no ver. De vivir en esa inconsciencia dulce, donde nada duele... pero nada despierta.

Esa ignorancia —bendita, según él— protege.

Funciona como una venda suave que evita el vértigo de la lucidez.

Y tal vez por eso, muchos prefieren no quitarla: porque saber implica responsabilidad.

Y la responsabilidad, cuando nace de la conciencia, ya no te permite mirar a otro lado.

Entonces, entre la incomodidad de la verdad y la comodidad del olvido, la mayoría elige dormirse con los ojos abiertos, navegando —como dice Pink Floyd— “cómodamente insensibles” en las aguas tibias de la inconsciencia elegida.

Al final de cuentas, todos somos ignorantes.

Nadie posee todo el conocimiento ni la verdad absoluta.

Cuando somos jóvenes, ignoramos la vida misma: no entendemos de responsabilidades, ni de compromisos, ni del peso de nuestras decisiones.

Vivimos sin prisa, creyendo que el tiempo es infinito.

Y aun así —o quizá por eso— somos felices.

Esa felicidad sencilla, nacida de no saber, tiene su propia inocencia.

Pero un día, algo cambia.

La vida te hace mirar atrás y darte cuenta de cuánto has aprendido... y de cuánto... aún ignoras.

Dos años más pasaron, y el calendario marcaba 2018, y mi ciclo de vida completaba cincuenta vueltas al sol.

Ese día desperté distinto.

Era yo, pero algo había cambiado.

Sentí una urgencia extraña, una necesidad profunda de actuar, de crear, de compartir aquello que, en todos estos años, me había cambiado y ese conocimiento, lejos de pesarme, me hacía feliz.

Tenía la certeza de que ahora sabía algo, y que ese saber traía consigo una responsabilidad.

Pero no tenía idea de cómo expresarlo al mundo.

¿Sería la famosa crisis de los cincuenta, que comenzó en el primer minuto de aquel amanecer?

¿O tal vez el cúmulo de conocimiento que ya no solo “sabía”, sino que vivía en mí, y me hacía recordar aquella frase universitaria?

“Bendita ignorancia, que me hace feliz”.

“Si supiera lo sabia que resulta su estúpida frase hoy...” —pensé, con una sonrisa que se escapó sin permiso.

Porque sí, el conocimiento pesa.

Y más aún cuando comprendes que tu pensamiento se ha vuelto más complejo, más reflexivo... y por eso, más solitario.

Esa soledad lúcida no era amarga, pero sí profunda.

Era el precio de ver más allá del ruido.

Afortunadamente, no estaba solo.

Mony caminaba a mi lado, con su propia luz, su propio proceso y su misma carga de saber.

Habíamos aprendido a respirar en la misma frecuencia, a mirar el mundo desde la misma altura, aunque doliera lo que veíamos.

Y entonces recordé aquella vieja promesa que le hacía cuando éramos novios:

que viviríamos en un mundo cuadrado mientras todos los demás lo hacían en un planeta redondo.

En aquel entonces, esa frase era solo una forma romántica de prometerle una vida distinta:

una vida llena de amor, complicidad y respeto.

Pero hoy, en medio de esa claridad que a veces pesa, descubrí que esa promesa también estaba abarcando otras cosas:

Como estar fuera del mundo redondo de la inconsciencia colectiva, de habitar un espacio propio, consciente, distinto.

Y comprendí que el amor también puede ser un refugio de lucidez. No un escape, sino una casa donde dos almas despiertas pueden mirarse sin miedo y seguir caminando juntas, aunque el resto del mundo aún duerma.

Fue en ese mismo año, 2018, cuando volvió a ocurrir... otro mensaje.

Pero esta vez no llegó en forma de voz, ni de pensamiento.

Una vibración interna que parecía anunciar que algo se aproximaba, aunque no tuviera nombre todavía.

Se presentó como una premonición, fue... una percepción profunda, casi física, que recorrió todo mi ser, dándome una lucidez tan clara que me espantó.

No sabía por qué lo hacía, solo sabía que debía seguir mi instinto. Era como si algo dentro de mí quisiera prepararse para un evento invisible, algo que aún no tenía rostro ni razón, pero que se sentía inevitable—y, con el tiempo, comprendí que también era parte de esos mensajes cumplidos—.

Así que comencé a hablar con Mony sobre llevar a LOBO, nuestra agencia, a un nivel de automatización que nunca habíamos tenido antes.

Le hablaba de un cuarto de videoconferencias para atender clientes a distancia,
de interconectar todas las computadoras en red para poder trabajar desde cualquier lugar,
de acceder a los archivos de cada equipo como si estuviéramos en la misma oficina.

También me obsesioné con la idea de crear servicios adicionales que generaran ingresos paralelos:
producción audiovisual, grabación de audio y video, creación de contenido para redes sociales,
todo lo que nos hiciera más competitivos en ese nuevo mundo digital que, aunque incipiente, ya se insinuaba.

Mony no entendía del todo mi insistencia, pero, fiel a su esencia, confió.

Y, como siempre, me acompañó.

Juntos iniciamos un proceso de renovación que nos tomó casi dos años concluir.

Incluso la Licencia de negocio de LOBO se actualizó, integrando oficialmente los nuevos servicios
y registrándola como una Agencia de Publicidad y Medios.

En Enero de 2020, LOBO estaba listo para trabajar a distancia.

Y entonces, el mundo cambió.

El 11 de marzo de 2020, la OMS declaró oficialmente el brote de COVID-19 como pandemia mundial.

En Estados Unidos, las primeras órdenes de confinamiento comenzaron pocos días después.

California fue el primer estado en emitir la orden: *Stay at Home — Quédate en casa*— el 19 de marzo de 2020, firmada por el gobernador Gavin Newsom.

En los días siguientes, otros estados replicaron la medida, y muy pronto el mundo entero quedó detenido bajo un mismo mensaje que, de pronto, dio sentido a aquel sueño de 2006:

“Quédate en casa.”

Durante años, había buscado pruebas, señales, confirmaciones de que el mensaje recibido era real.

Y de todas las piezas que faltaban en el rompecabezas, esta era la última:

la única que parecía fuera de contexto, improbable, ilógica.

Y sin embargo, tan improbable y tan ilógico como aquello... era precisamente lo que estaba ocurriendo.

Ahora, esa frase que alguna vez me pareció enigmática, daba la vuelta al mundo,

repetida en todos los idiomas, dialectos y lenguas conocidas.

El mensaje era global.

El mundo se detenía.

Solo podían salir quienes tuvieran un motivo de “primera necesidad”:

buscar alimento, medicinas, cuidar a alguien o trabajar en un sector considerado esencial.

El resto... debía “*quedarse en casa*”.

Las calles quedaron vacías.

Los parques cerraron.

Las playas fueron acordonadas como si el mar mismo estuviera en cuarentena.

Las familias se encerraron, los negocios bajaron sus cortinas y el tiempo, por primera vez, pareció detenerse.

Mientras tanto, Mony revisaba los listados oficiales, tratando de entender si LOBO podía continuar funcionando.

No éramos médicos, ni transportistas, ni agricultores...

pero nuestras nuevas áreas de comunicación, aquellas que acabábamos de registrar oficialmente, producción audiovisual y

servicios en línea
aparecían dentro de los rubros tecnológicos que podían seguir
activos.

Era muy extraño.

Como si todo lo que habíamos construido durante esos dos años,
paso a paso, con tanta insistencia, tuviera ahora un propósito que
hasta ese momento no comprendíamos.

Incluso, nos habíamos preparado en casa, con una bodega con
suministros para dos años.

Y sí, lo confieso: me estremecí.

Porque mientras el mundo apagaba sus luces,
LOBO seguía encendido, conectado, preparado...
como si alguien nos hubiera guiado con anticipación.

Era inevitable pensar que aquella sensación que me impulsó dos
años atrás a transformar la agencia y a crear nuestra pequeña
“arca”, no había sido casualidad.

Ahora todo cobraba sentido.

Debíamos quedarnos en casa,
pero no por una orden gubernamental...
sino porque “así” se me había dicho.

Además, ese momento también le dio otro peso al mensaje
recibido, ya que justo un año antes, los médicos me habían
diagnosticado un problema de autoinmunidad, con una instrucción
clara que nunca olvidé: que no me picara ni un mosquito, porque mi
sistema podía reaccionar de forma muy agresiva.

Así que, cuando en 2020 se declaró la nueva pandemia, teníamos
algo muy claro: no íbamos a contagiarnos.
Pero ¿cómo evitas contagiarte de algo que es mundial?

La respuesta, al menos para nosotros, fue simple: con disciplina y
responsabilidad.

Usábamos cubrebocas, guantes, manteníamos los seis pies de distancia, evitábamos lugares públicos y desinfectábamos todo antes de llevarlo a casa.

Pero ese conocimiento del que hablé antes —no el científico, sino el que se intuye— me hizo observar con tristeza lo que ocurría alrededor.

Las personas comenzaron a desesperarse por el encierro en sus casas.

Era triste escuchar a tantos decir que ya no soportaban estar en su hogar.

¿Cómo? —pensaba yo—

¿Acaso no es el hogar el mejor lugar para estar?

Al parecer... no.

Mantenernos sanos no fue fácil.

Desde la experiencia con el H1N1 sabíamos lo que era enfrentarse a un virus invisible, y las consecuencias que pueden traer las decisiones apresuradas.

Por eso, cuando el mundo volvió a hablar de contagios, cuarentenas y vacunas, Mony y yo decidimos no enfermarnos... al costo que fuera.

Pero esa determinación resultó más difícil de lo que imaginábamos.

El mundo se volvió un experimento social.

Mientras los humanos desaparecíamos de las calles, los animales regresaron a ocuparlas, libres, curiosos, como recordándonos que este mundo también era suyo, y que sin nosotros, podían vivir en paz.

Era una imagen hermosa y dolorosa a la vez: la naturaleza... celebrando nuestra ausencia.

Las restricciones eran claras, pero aun así, las personas seguían arriesgándose unas a otras por celebrar un cumpleaños, por sentir que “solo era una gripa”.

Algunos incluso bromeaban diciendo:

—Nos reunimos, porque como todos estamos enfermos, ya no podemos contagiarnos.

Era triste... y a veces, indignante.

La ignorancia, disfrazada de optimismo, se expandía más rápido que el virus.

Y entonces llegó diciembre de 2020.

Pfizer-BioNTech anunció su vacuna: apenas ocho meses después del inicio de la pandemia.

Ocho meses.

Algo que, en condiciones normales, tomaría años.

Las vacunas comunes tardan al menos un año y medio en llegar a fase de prueba, y entre dos y tres años más para estar listas.

Y aun así, bastaron ocho meses.

Ese conocimiento —el que incomoda— nos llevó a leer las letras pequeñas, los avisos de efectos secundarios que muchos preferían ignorar.

Así que dijimos no.

No a contagiarnos.

Y también no a vacunarnos.

Nuestro objetivo se volvió doblemente difícil: protegernos del virus... y también de la vacuna.

Fue triste ver cómo el miedo impulsaba a la gente a correr por su dosis, sin preguntas, sin leer, sin escuchar.

Tratábamos de explicar a quienes amábamos que aquellas vacunas aún estaban en fase experimental.

Incluso ejecutivos de las propias farmacéuticas reconocían públicamente que los ensayos no habían terminado, que aún faltaban datos.

Pero la gente no quería escuchar.

Querían volver a los restaurantes, a los conciertos, a las fiestas, a la “vida normal”.

Aunque esa normalidad les estuviera costando la salud.

Poco después llegaron los carnets de vacunación, los controles, las exigencias para viajar o entrar a un lugar.

Y muchos se enorgullecían de adquirirlo, intercambiándolo, por sus datos privados o sus firmas biométricas, sin comprender que, aunque la vacuna pudiera reducir síntomas, nunca se garantizó que evitara el contagio.

Mony y yo observábamos todo eso con tristeza.

Sabíamos que, si la humanidad hubiera actuado con respeto, disciplina y empatía —si todos hubiéramos asumido nuestra responsabilidad— el virus habría perdido su huésped en cuestión de meses.

Pero no fue así.

El ego venció a la razón.

Y el miedo... a la conciencia.

Las personas se contagiaban una, dos, tres, cuatro veces, sin temor.

En conversaciones casuales repetían el viejo refrán:

—Lo que no te mata, te hace más fuerte.

Y lo llevaban como bandera, sin darse cuenta de que cada contagio dejaba huellas invisibles en el cuerpo, minas silenciosas que, tarde o temprano, pasarían factura.

Fue en ese tiempo, en medio de esa lucha, cuando una mañana desperté con un mensaje tan claro, que parecía implantado:

“El mayor peligro no está afuera... está adentro.”

Entonces lo vi.

De quien teníamos que cuidarnos era de nuestros familiares y amigos.

De nuestra gente cercana.

Al compartirlo con Mony, me miró sorprendida.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó.

Y le respondí con una claridad que no admitía duda:

—Porque a un desconocido puedes evitarlo.

Puedes mantener la distancia, pedirle que use mascarilla o simplemente dar un paso atrás.

Pero a un familiar o a un amigo... no.

El amor desactiva la defensa.

Y en esa entrega —en esa visita que parece inofensiva— se cuela el riesgo.

No porque quieran hacernos daño, sino porque no comprenden que proteger también es una forma de amar.

Y si no comprenden y respetan nuestros cuidados, pueden convertirse —sin saberlo— en el peligro más grande para nosotros.

Nuestro objetivo era claro: no enfermarnos y no vacunarnos.

Y sostener esa decisión fue, quizá, la batalla más solitaria y consciente que hayamos librado.

El tiempo, que parecía haberse detenido, comenzó a mostrar una realidad más profunda.

Las secuelas.

Con el paso de los meses, aparecieron señales que ya no podían ignorarse.

Personas que habían enfermado y “superado” el virus comenzaban a vivir con síntomas nuevos, persistentes, difíciles de explicar.

Fatiga crónica. Niebla mental, o dificultades cognitivas. Dolores articulares y musculares. Arritmias cardíacas. Inflamaciones persistentes. Problemas respiratorios severos. Problemas en el sistema nervioso central (Neuropatías) y... Alteraciones del sistema inmune.

Al principio se les llamó *síndromes post-COVID*. Después, simplemente, se les llamó *vida normal*.

Otros, vacunados o no, pero si que habían sido contagiados, comenzaron a presentar reacciones tardías que también desconcertaban a los especialistas.

Entre las más reportadas se encontraban:

Miocarditis o pericarditis. Trombosis con plaquetas bajas (síndrome TTS). Inflamaciones neurológicas (síndrome de Guillain-Barré, parestesias, etc.) y fatiga prolongada o síntomas inflamatorios inespecíficos

Con el paso de los años —hacia 2023— los médicos empezaron a agrupar estos casos bajo un nuevo término: *enfermedades raras*. Un nombre que sonaba técnico, pero que en realidad significaba algo mucho más simple:
no sabemos qué las causa.

Fue gracias también a YouTube que comenzaron a colarse imágenes:

reporteros, deportistas, políticos o gente común —como tú y yo— desplomándose, cayendo fulminados sin razón aparente.

En las redes lo llamaban “*repentinitis*”, pero para nosotros era mucho más que algo preocupante... era como si les arrebataran el alma... como un episodio bíblico

Y así, a pulso de llegar a ese punto a nuestro propio paso, la humanidad comenzó a convivir con una nueva forma de fragilidad.

Ya no era el virus, sino la fatiga de existir después de él. Una generación entera empezó a vivir con menor energía, menor concentración, menor alegría.

Como si el cuerpo material —nuestro vehículo— hubiera quedado dañado,

y el alma, cansada, apagara poco a poco la intensidad de su luz, reemplazándola por una densidad pesada que apenas le permite seguir funcionando.

Y ahí comprendí algo que duele aceptar:

el precio de un momento de placer, de libertad o de inconsciencia no siempre se paga con la vida...

a veces se paga con la calidad de vida.

Con un cansancio que no se va, con una tristeza que no se explica, con una pérdida silenciosa de la luz interior, tan silenciosa... que no se nota.

Dicen que si se mete una langosta en agua hirviendo, esta se retorcerá de dolor antes de morir cocinada... pero si se mete en agua templada, y subes la temperatura poco a poco... no sentirá el dolor de la cocción.

La situación mundial reforzaba nuestra decisión.

“Quédate en tu casa”, el mensaje del sueño —no la orden del gobierno—, tenía ahora más sentido que nunca.

Decía Juan Gabriel: *“Lo que se ve, no se pregunta.”*

Pero aun así, las preguntas en mi mente eran inevitables:

“¿Por qué, justo en estos tiempos de transición energética —que tantas profecías, mitos y leyendas anunciaron como la última oportunidad de corregir el camino y retomar el sendero de luz—, la humanidad parece elegir justo lo contrario?

¿Por qué, frente a la posibilidad de sanar, prefiere hundirse más en el ruido, en el materialismo y en el egoísmo?

Como si gritara al cielo, casi con cinismo:

Prefiero divertirme que cuidar mi salud...

prefiero mi diversión, a mi vida.”

Aplicando, quizá sin pensarlo, aquel conocido refrán:

“Al fin que... lo bailado, nadie me lo quita.”

Mientras el mundo estaba detenido, nuestra vida continuaba expectante, observando y aprendiendo.

Las ciudades estaban vacías y el tiempo parecía suspendido.

Me recordaba las imágenes de aquel sueño, donde todo se había congelado, mientras yo seguía caminando entre personas inmóviles, siendo testigo de cómo aquellas serpientes con rostro de león nos olfateaban.

¿Sería acaso una selección... una especie de purga de la humanidad?

Porque en esos días, la muerte recorría casa por casa.

Así es: la muerte, en esos días, se hizo palpable.

No había quien no mencionara a un amigo o familiar perdido.

Y yo solo me preguntaba: ¿cuándo?

En medio de ese silencio planetario, Mony y yo comenzamos a sentir una soledad distinta.

No era la del encierro, sino la que nace cuando las convicciones te separan de los demás.

Muchos no comprendían por qué éramos tan firmes, por qué evitábamos reuniones o visitas.

Algunos lo tomaban como algo personal, sin entender que no se trataba de ellos, sino de todos.

Y en esa incomprensión, el aislamiento se volvió más profundo: no por distancia física, sino por distancia interior.

Era una soledad diferente: la que sienten quienes han decidido ver, cuando el resto aún prefiere mirar hacia otro lado.

No era superioridad, era conciencia.

Y la conciencia, cuando madura, deja de querer convencer: solo observa y acepta.

Comprobamos que efectivamente, nuestra decisión de que ya no era momento de explicar lo que nadie quería comprender... era correcta.

Porque, aunque incomprensible para muchos, sabíamos que todo esto formaba parte del despertar...

parte del mensaje recibido en aquel sueño.

Simplemente lo estábamos viviendo, y punto.

Nuestro aislamiento voluntario nos dejó fuera del mundo, y aunque nos pesaba no disfrutar de lo que todos los demás disfrutaban, nos regaló algo invaluable:

una valoración intensa de las pequeñas y simples cosas de la vida. Nuestros pensamientos se ordenaron, vaciándose del ruido del mundo.

Nuestras prioridades se aclararon, y comprendimos que lo único que se necesita para vivir feliz es saber vivir contigo mismo.

Conocerte.

Aceptarte.

Ser suficiente para ti.

Y descubrir el amor que puedes dar... y a quién se lo das.

Porque si tu propia compañía te basta para sentirte acompañado, si tu familia es suficiente para ser tu mundo, y si tu hogar lo es para tenerlo todo, entonces descubres que la felicidad no está afuera, y que todo lo demás son solo las cerezas del pastel... pero no el pastel.

Así que, mientras para muchos aquel “Quédate en casa” fue un castigo,

para Mony y para mí fue una oportunidad: de reconectar, de entender, de descubrir.

Aprendimos a vivir con nosotros mismos.

A escucharnos.

A aceptar lo que éramos... sin distracciones.

Y en ese proceso, sin buscarlo, algo comenzó a cambiar.

Como si todo lo vivido —cada decisión, cada silencio, cada renuncia—

hubiera estado preparándonos para algo más.

No lo sabíamos aún.

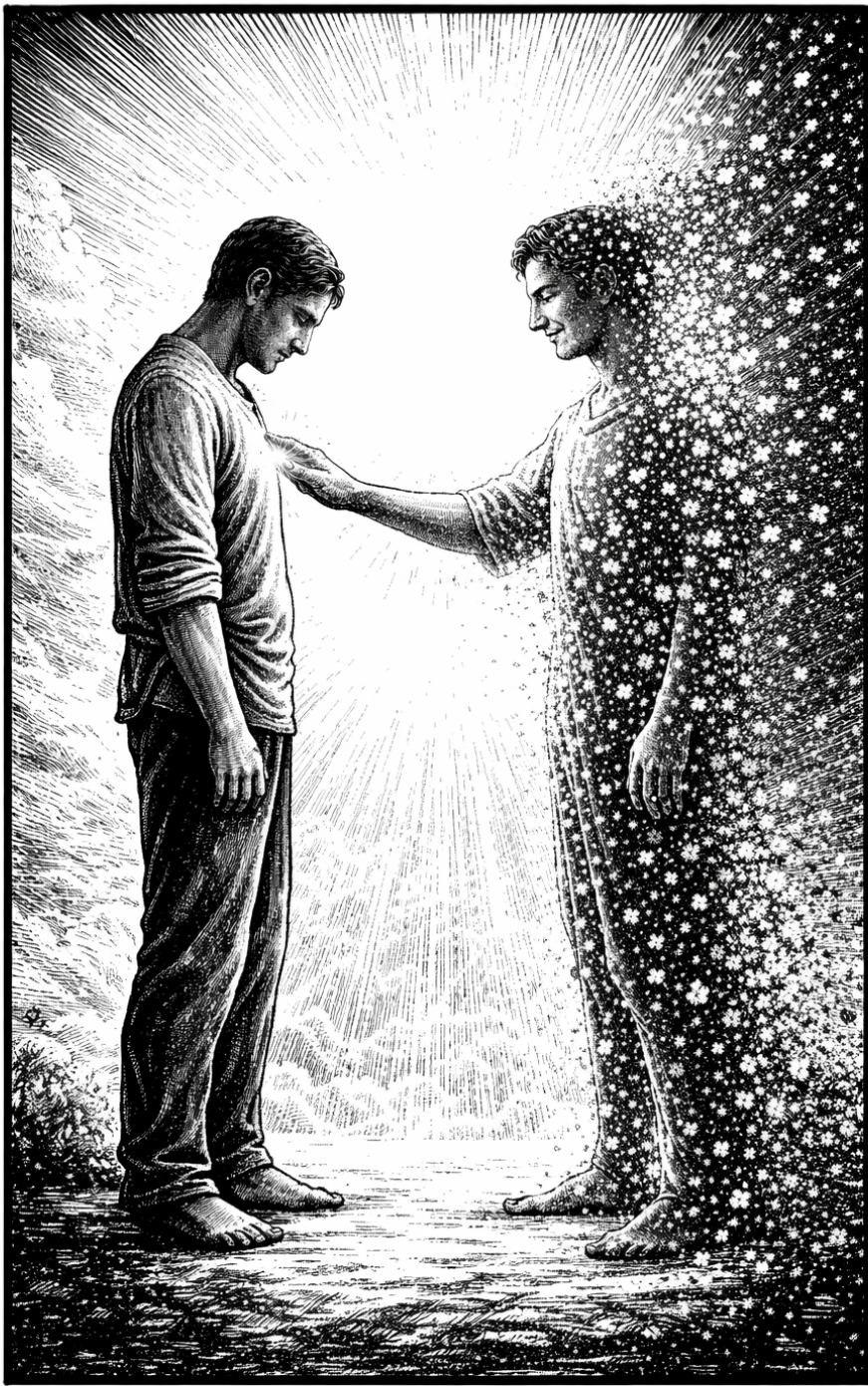
No tenía nombre.

No tenía forma.

Pero estaba ahí.

Esperando el momento en que dejáramos de observar...
para comenzar, por fin, a actuar desde otro lugar.





32 CUANDO UNA DESPEDIDA... se convierte en bienvenida.

Poco antes del “Quédate en Casa”, y como parte de estas mismas sincronicidades que venían acompañando nuestra vida, en 2019 y, después de muchos años de no visitar a mis padres en México, algo dentro de mí, me decía que tenía que ir, sin saber que esta, sería mi última visita a mi familia, antes... de que el mundo cambiara.

Así que, fui a ver a mis padres y, como siempre, mis amigos se reunieron para recibirme.

Entre ellos apareció Luis, a quien no veía desde hacía veinte años. Un compañero de carrera al que la rivalidad terminó convirtiendo en amigo.

Competíamos en todo durante la universidad: ideas, notas, orgullo. Como si cada logro del otro fuera un desafío personal.

Pero en esa rivalidad aprendimos a respetarnos.

Nos obligamos mutuamente a crecer.

Aquel día, después de tantos años, Luis se acercó y, con una sinceridad abrumadora, me dijo:

—Me gusta cómo vibras... tienes luz... hasta bonito estás.

Reímos por el comentario, sin saber que aquella frase inocente sería la puerta de algo más profundo.

Regresé a San Diego y, poco después, empezó a escribirme.

Al principio eran mensajes casuales: saludos, recuerdos, bromas.

Pero poco a poco fueron cambiando de tono.

Para finales de 2020, durante la pandemia, Luis me escribía que estaba triste, que sentía un vacío, que algo dentro de él se apagaba.

Me pedía hablar, solo para desahogarse, y yo lo escuchaba.
Con el tiempo, su tristeza se volvió más densa, más persistente.

Comenzamos a hablar de energía.

Fue entonces cuando, sin planearlo, empecé a compartirle lo que durante años había aprendido, pero que nunca había compartido con nadie más que con Mony.

Y, por alguna razón, en esos momentos lo tenía más claro que nunca.

Le hablé de la energía, de las vibraciones, del poder de los pensamientos y de cómo el “sentir” era la llave para transformar la emoción.

No era un discurso ni una clase; eran palabras que fluían solas, con un orden y una claridad que incluso a mí me sorprendían.

Y él... escuchaba.

Escuchaba con la atención de quien realmente quiere entender.

Y para mi sorpresa, se interesó en saber.

Así que comencé a explicarle lo que yo entendía.

Él escuchaba, probaba... y en la siguiente llamada volvía frustrado.

—No puedo — me decía —.

No puedo salir de la tristeza. Me aplasta.

Entonces, con paciencia, lo guiaba otra vez.

Volvía a explicarle que el secreto estaba en mantener el sentir positivo el tiempo suficiente para que la mente lo creyera.

—Es —le dije— como actuar un personaje hasta volverte él.

¿Sabías que un actor necesita descansar después de una escena de tristeza o de terror?

No es dramatismo: es porque el cuerpo lo vive.

Para interpretarlo, debe sentirlo.

Esa es una técnica real, llamada *memoria emocional*.

El cerebro no distingue entre lo que imagina y lo que experimenta... y el cuerpo responde igual.

—Así funciona también la transmutación —le expliqué—. Si puedes hacerle creer a tu cuerpo que estás triste, también puedes enseñarle a creer que estás bien. El secreto está en mantener la emoción el tiempo suficiente para que la mente la reconozca como verdad. Actúa la felicidad hasta que la sientas. No para fingir... sino para reprogramarte.

Fue entonces cuando le hablé del *anclaje emocional*. Luis me respondió el texto con múltiples signos de interrogación, y luego preguntó, curioso: —¿Qué es eso del anclaje?

—Es un punto de conexión —le expliqué—. Algo que puedes invocar cuando sientas que te estás perdiendo. Un recuerdo, una imagen, una melodía... lo que sea capaz de despertar en ti una emoción profunda. Cuando lo encuentras, se vuelve una llave: basta recordarlo para que tu cuerpo lo reviva. Es un recurso que une mente, emoción y espíritu.

Le conté que para Mony y para mí, ese anclaje era la imagen de LOBO nuestro Malamute, porque cada vez que lo recordábamos sentíamos amor, y una sonrisa se dibujaba sola en nuestro rostro. Le expliqué que cuando esa emoción aparecía, la sostenía. La mantenía viva dentro de mí hasta que la mente se convencía de que era real, y el cuerpo respondía a ella. Ese era el secreto: mantener la emoción el tiempo suficiente para que el alma la fijara como verdad.

Luis me escuchó con atención. —¿Y si mi anclaje fuera una persona? —preguntó. —Claro que puede serlo —le dije—. Lo importante es lo que despierte en ti. —Entonces será mi madre —respondió—. Siempre que pienso en ella, siento amor.

Durante semanas seguimos escribiéndonos. A veces desaparecía unos días, y luego volvía con nuevos intentos

y nuevas frustraciones.

Había días en que decía haberlo conseguido, y otros en que se derrumbaba.

Su tristeza regresaba como una marea, a veces acompañada de enojo, otras de miedo.

Y yo volvía a acompañarlo, con la paciencia que se tiene con quien está aprendiendo a respirar de nuevo, guiándolo paso a paso con gusto, porque cada avance suyo me confirmaba que valía la pena seguir ahí.

Hasta que un día, sin previo aviso, su mensaje fue distinto:
—Gracias. Lo logré. Ya no tengo tristeza ni miedo. Estoy bien.
Logré transmutar mi energía negativa en positiva.

Su energía se sentía diferente.

Había ausencia de densidad; era ligera.

Sentí alivio, una profunda alegría.

Pero no sabía que esa sería nuestra última conversación.

Semanas después, en febrero de 2021, un amigo en común me escribió:

Luis había muerto.

Tenía una enfermedad terminal de la que nunca me habló.

Jamás me dijo que se estaba despidiendo.

Al principio no supe qué pensar.

Su silencio me pesó...

como si algo hubiera quedado inconcluso.

Porque nunca habló de enfermedad.

Nunca habló de muerte.

Y aun así...

cuando me dijo que había encontrado paz,
no entendí que esa había sido su despedida.

Con el tiempo, lo comprendí.

Su grandeza estuvo precisamente en eso:

en no querer contaminar de dolor una conversación que estaba destinada a ser luminosa.

En dejar que su proceso fuera limpio, sin queja, sin dramatismo.

Luis me enseñó, sin saberlo, que las palabras pueden ser alas.

Yo creía estar ayudándolo, pero en realidad era él quien me

ayudaba a descubrir que podía hacerlo:

que tenía la capacidad, la voz y la voluntad de acompañar a un alma en su tránsito,

no desde el miedo, sino desde la comprensión.

Nunca me habló de su enfermedad.

Jamás mencionó el dolor ni la desdicha de quien sabe que el tiempo se acaba.

Me hablaba de tristeza, sí, pero no de muerte.

Y aun así, cuando me dijo que había encontrado paz, no entendí, que esa había sido su despedida.

Había en mí una profunda alegría por el cambio que Luis había logrado...

pero también una sensación profunda:

no solo él había cambiado...

yo también.

Durante mucho tiempo había sido renuente a compartir lo que estaba recibiendo.

No por falta de claridad... sino por responsabilidad.

Nunca me sentí cómodo con la idea de “enseñar”.

Me indignaba pensar que cualquiera pudiera pararse frente a otros a transmitir algo que impactaría el futuro de alguien más...

Como si bastara con saber un poco... para guiar a otros.

Para mí, enseñar siempre fue algo mucho más serio.

Por eso elegí callar.
Observar.
Vivirlo primero.

Pero lo que ocurrió con Luis... fue distinto.

Porque ahí no hubo intención de enseñar.
No hubo preparación.
No hubo postura.

Solo hubo alguien pidiendo ayuda...
y algo en mí que supo responder.

Y fue en ese proceso...
sin buscarlo...
que entendí algo que no había querido aceptar:

que lo que había recibido...
no era solo para mí.

A veces pienso que el verdadero milagro fue que todo ocurriera de
forma tan natural, tan real, tan humana...
como si su alma hubiera sabido que ese diálogo debía ser limpio,
sin drama, sin culpa, sin lástima.

Luis se fue en silencio, pero me dejó un eco: la certeza de que
puedo ayudar.
Que una palabra dicha con amor puede ser medicina.
Y entendí que a veces, cuando alguien sana por dentro, su alma ya
está lista para regresar a casa.

Al releer una y otra vez los textos que compartimos, comprendí
algo que en su momento no vi.

Las palabras que había escrito para Luis no eran simples
respuestas.
Seguían un orden.
Una lógica.

Había en ellas una secuencia...
casi natural...

que guiaba paso a paso el proceso de transformación que ambos
habíamos vivido sin darnos cuenta.

Como mencioné en capítulos anteriores, durante años había sido
testigo de algo que entonces no sabía nombrar.

Lo había visto ocurrir demasiadas veces como para atribuirlo a la
suerte:

pensamientos que se convertían en hechos,
palabras que abrían caminos,
emociones que parecían modificar el curso natural de las cosas.

Era imposible no notarlo.

Y más aún... imposible no intentar comprenderlo.

Había pasado años repasando mentalmente cada experiencia:
los días previos,
los instantes exactos,
el punto donde algo dentro de mí sabía que ya estaba hecho.

Podía reconocer el patrón.

El orden.

La sensación.

Pero no encontraba cómo explicarlo con palabras.

Sabía que funcionaba...
pero no entendía del todo cómo.

Y fue ahí...
en la oportunidad de ayudar a Luis...
que sin darme cuenta, lo escribí.

Esa claridad que durante tanto tiempo había buscado apareció sola,
fluyendo como si siempre hubiera estado allí,
esperando ser pronunciada.
Tal vez fue el fruto natural de aquellos días de introspección,

de silencio, de mirar hacia adentro durante nuestro encierro voluntario.

Releyendo aquellos mensajes, comprendí que lo que para mí había sido intuición, con él se volvió método.

Luis lo siguió paso a paso, sin saberlo, y su realidad cambió.

Su frecuencia se elevó.

Su tristeza se transformó en luz.

Entonces lo entendí:

lo que me había funcionado a mí y a Mony,

lo que había actuado tantas veces en silencio,

había encontrado por fin su forma visible.

Era el mismo principio, pero ahora con lenguaje.

Una fórmula nacida de la experiencia y confirmada por la vida.

Así nació, sin buscarlo, el camino que más tarde llamé *Creer para Crear*: una comprensión que no surgió de los libros ni de la razón, sino del lugar donde el alma habla a travéz de la voluntad de ayudar.

Una guía sencilla y profunda que me recordó que el verdadero poder no está en pensar... sino en sentir.

Y que cuando el amor vibra, incluso la tristeza puede transformarse en luz.

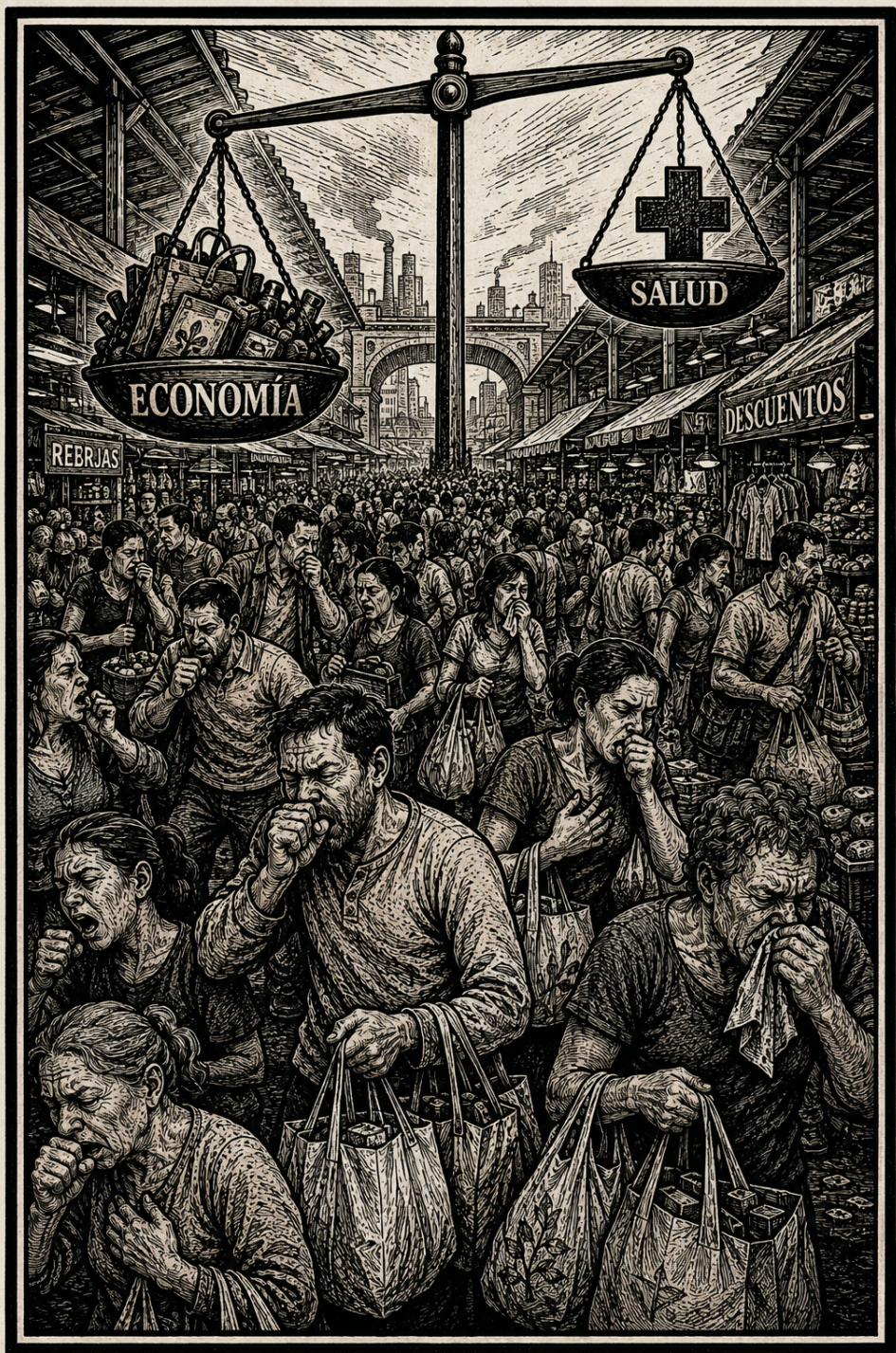
Con ello comprendí que no se trataba de *manifestar cosas* o provocar coincidencias,

sino de algo mucho más vasto: manifestar realidad.

Porque la realidad lo es todo —es materia y emoción, cuerpo y frecuencia—,

y cuando cambia la vibración desde la que vivimos, todo puede cambiar.





33 EL MUNDO SOLO QUERIA CONTINUAR

Después de la muerte de Luis, en aquel febrero de 2021, y con el mundo aún detenido por la pandemia, había demasiadas cosas ocurriendo al mismo tiempo.

Durante años intenté descifrar el sentido del sueño, buscando entre símbolos, mensajes y señales una explicación que encajara con lo que sentía.

Pero no fue sino hasta entonces cuando lo entendí:

Angelismo, que para mi significaba: "La deshumanización del hombre", no tenía que ver con maldad, o bondad.... no tenía que ver con materialismo, o espiritualidad, ni con egoísmo o generosidad. Angelismo hablaba de transmutar nuestra energía. De transmutar lo denso en luminoso, de regresar al origen, de elevar nuestra vibración hacia frecuencias más altas. De corregir el camino... desde dentro. Volver al ser humano.

Ese era el verdadero significado.

La deshumanización del hombre no consistía en volverse cruel o impío, sino en olvidar su naturaleza vibratoria.

En desconectarse de la fuente que lo mantiene vivo.

La humanidad ha caído en una oscuridad cuidadosamente diseñada.

Nada es casual.

Parecemos parte de un experimento social que llevaba décadas, tal vez siglos, moldeando la mente colectiva bajo la apariencia de cultura, moda, política, religión o entretenimiento.

Solo había que mirar alrededor para notarlo.

Los programas para jóvenes, las series, las películas: siempre el mismo patrón.

El héroe "cool" es rebelde, antisocial, desinteresado.

No se compromete, no ama, y considera a la mujer un trofeo o una distracción.

Su éxito se mide por su audacia, su sarcasmo, su desapego.

Las figuras de autoridad, en cambio, son caricaturas: torpes, corruptas, ridículas.

El mensaje es claro: desobedecer te hace fuerte; tener principios, te hace débil.

El entretenimiento nos enseñó que la violencia es emocionante, que la arrogancia es estilo,

que robar es ingenio si se hace con carisma,

que matar puede ser “justicia poética”.

Y mientras celebrábamos esas historias, algo se reprogramaba en silencio dentro de nosotros.

Los movimientos sociales, políticos y religiosos también terminaron siendo parte del mismo guion.

En lugar de unir, **nos entrenaron para dividirnos**.

Nos enseñaron a defender causas sin comprenderlas,

a pelear por convicciones que no nos pertenecen,

a sentirnos enemigos por pensar distinto.

La lección era sutil pero constante: *no coincidas, confronta*. bajo el falso precepto de *defender nuestras convicciones*.

Incluso los deportes, con su pasión genuina, se convirtieron en territorios de fanatismo.

Defendemos camisetas como si fueran banderas,

banderas como si fueran verdades absolutas.

Y todo el tiempo, la energía del enfrentamiento crece, se alimenta, se propaga.

A esto lo llamamos libertad,

cuando en realidad es **programación emocional**.

La estructura del mundo se sostiene sobre un desequilibrio tan grande que cuesta creerlo real:

un solo hombre puede acumular tanto dinero que, si repartiera un millón de dólares a cada ser humano del planeta, seguiría siendo multimillonario.

Y aun así, la mayoría vive al día, temiendo enfermarse o perder el trabajo.

Ese contraste no es solo económico, es espiritual.

Refleja el abismo entre lo que el ser humano *es* y lo que *cree ser*.

También la mujer, símbolo de creación, fue arrastrada a la misma distorsión.

Su lucha legítima por igualdad se contaminó de los mismos patrones destructivos del hombre:

la competencia, el libertinaje, la negación de la esencia creadora.

De defender su derecho a elegir cuándo ser madre, pasó a cuestionar el valor mismo de la maternidad.

Y hoy, el mundo enfrenta una nueva escasez: la de niños.

La vida misma está dejando de nacer, y no por destino, sino por desconexión.

Así, poco a poco, **la vibración humana descendió.**

Y en estos tiempos proféticos, cuando se supone debíamos ascender, elevar nuestra vibración... llegó la pandemia.

Una pandemia mundial —la primera en tres generaciones— que reveló todo lo que habíamos ocultado bajo la alfombra.

Una crisis mal gestionada, o quizá intencionada, según algunos.

Una purga.

Una forma de despoblación necesaria, según los discursos de poder que durante años se disfrazaron de advertencias.

Y sin embargo, más allá de teorías o conspiraciones, comprendí algo esencial:

el ser humano es el único responsable de su destino.

Se nos dio un regalo que pocos entendemos en su magnitud: el libre albedrío.

No decidimos solo qué hacemos, sino **desde qué energía lo hacemos.**

Cada pensamiento, cada emoción, cada acto, genera una vibración.

Y esa vibración es la que crea la realidad que habitamos.

Literalmente... decidimos como vivimos.

Hoy, el ser humano vibra bajo.

Y el planeta, que es un ser vivo, lo siente.

Por eso tiembla, se agita, se defiende.

Como un cuerpo enfermo que busca sanar,
la Tierra también tiene fiebre, suda, se estremece:
terremotos, huracanes, incendios, erupciones.

No son castigos: son reacciones de un organismo vivo que intenta expulsar la energía densa que lo está enfermando.

Y tal como en una infección viral, el virus es la enfermedad... y la vacuna. Nosotros somos la causa y la solución.

Comprendí que el reto era aún mayor de lo que imaginaba.

Tan simple como “recordar”, y a la vez tan difícil como “ser”.

El ser humano actual es víctima de lo inmediato, de lo sintético,
del conocimiento fácil: escuchado, resumido, repetido.

Ya nadie pregunta, nadie duda, nadie razona.

Solo se repite:

“Eso escuché... eso dicen... eso creo.”

Una fórmula perfecta, diseñada por quien sabe bien cómo
mantenernos dormidos.

Tuvieron que pasar quince años desde aquel mensaje en el sueño
para que yo lo entendiera.

Y cuando por fin creí estar listo para la batalla, descubrí que esta
ya había comenzado sin mí.

Aquellos a quienes llamo *los Guerreros de YouTube* ya estaban
librándola.

No con piedras, ni palos, ni armas,
sino con conciencia, con palabra, con presencia, como modernos
portadores del fuego de los dioses.

Peleaban con el poder de su transformación interior, entregando conocimiento al hombre como lo habrían hecho, en otros tiempos, los mitos antiguos:

Prometeo, Enki, Oannes, Thoth, Quetzalcóatl, Agni, Shiva, Fuxi, Shennong, Viracocha, la serpiente del edén y el mismo Buda o Jesús.

Porque el conocimiento es el arma.

El conocimiento de eso que sabes que sabes, pero que olvidaste. Y ellos estaban aquí para recordarlo.

Para ayudarnos a regresar al origen,
no en culto, ni religión, ni dogma,
sino en centro, en paz, en conciencia.

Elevando nuestra vibración,
aumentando nuestro brillo energético
hasta disipar las penumbras del olvido.

En esos precisos momentos en que esa batalla espiritual se libraba —como aquella mítica *Guerra de los Cielos* que narré en capítulos anteriores—, el enemigo contraatacó... y por varios frentes.

Por un lado, hizo uso de su mejor arma: **el conocimiento profundo del comportamiento humano.**

Así que, en medio de aquella pandemia, le dio al hombre lo que tanto anhelaba: **le devolvió la libertad.**

Porque el mundo estaba cansado de esperar.

Los gobiernos decidieron terminar con el encierro antes de tiempo. El hombre no quería seguir detenido, y el sistema parecía no poder soportarlo más:

las economías colapsaban, los negocios cerraban, los hospitales se desbordaban.

Había que volver.

Aunque no hubiera certezas. Aunque el peligro siguiera allí.

Y volvieron.

Los mercados abrieron, los aeropuertos revivieron, las mascarillas cayeron como basura.

La gente se abrazaba como si nada hubiera pasado, como si el olvido se hubiese convertido en inmunidad.

Y quizá lo era, porque el miedo también necesitaba curarse.

Era entendible: el ser humano no sabe quedarse quieto.

Necesita creer que todo puede volver a ser como antes, aunque el “antes” ya no exista.

El mundo no quería sanar; **quería continuar.**

Pero esa prisa tuvo un precio.

Las cifras subieron en silencio.

Los hospitales volvieron a llenarse,

y muchos partieron sin que su historia contara como “Covid”, sino como “neumonía”, “falla respiratoria” o “incluso infartos”.

La estadística cambió de nombre, no de resultado.

Y entre esos recuentos, podría contar a mi propio padre.

Fue hospitalizado en 2022 después de un accidente automovilístico,

causado por un coágulo cerebral que le hizo perder el control del vehículo.

Su cirugía urgente, de pronto, fue pospuesta por haber contraído “neumonía” dentro del hospital.

¿Cómo demonios se contagia alguien de neumonía en un hospital?

La respuesta está dentro de la misma pregunta.

Así que, “oficialmente”, murió por esa neumonía que impidió su operación

y dejó que el coágulo avanzara hasta causarle muerte cerebral.

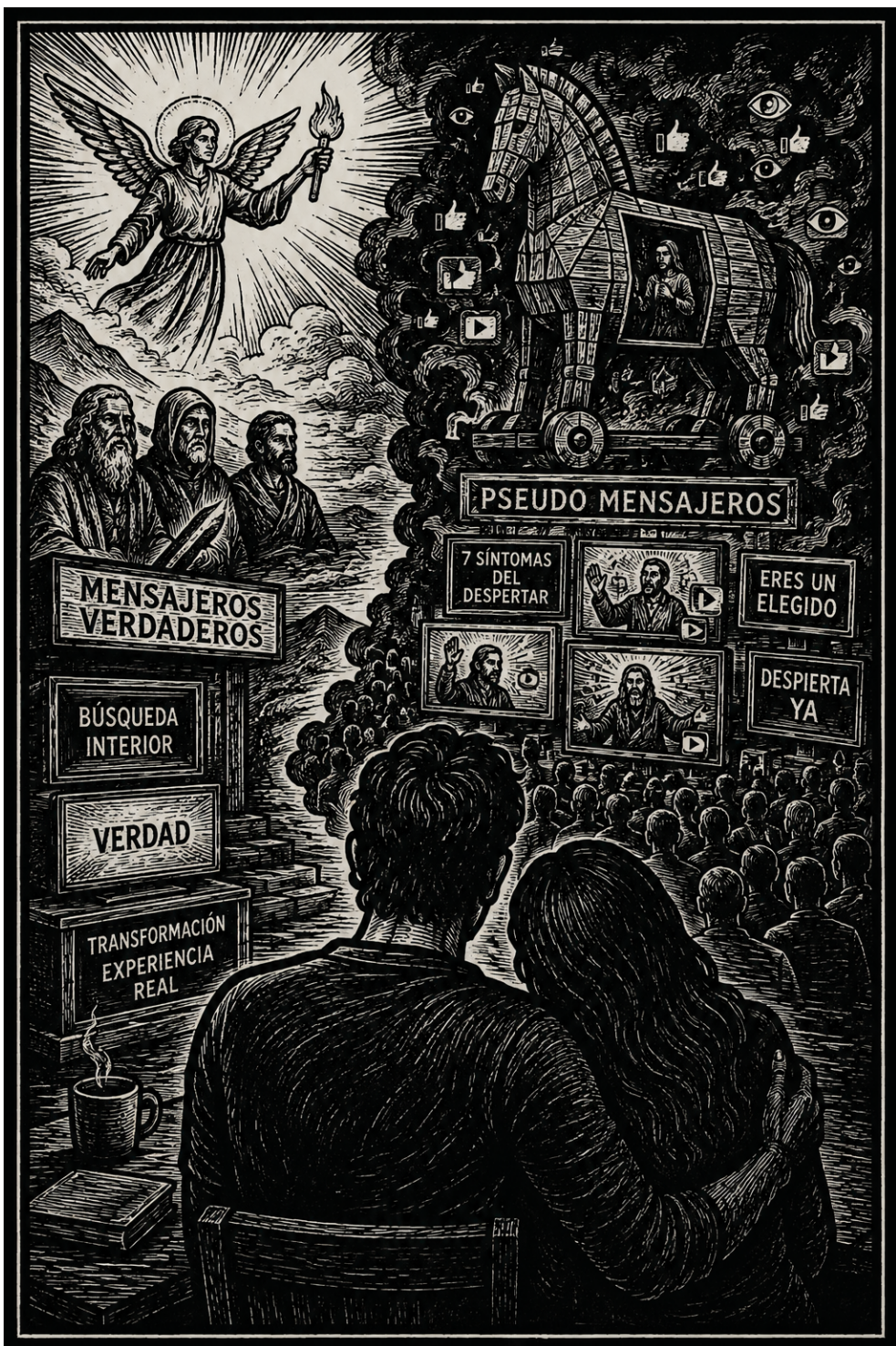
Otro caso más.

Otra historia que no se contará.

Quizá lo mismo ocurrió con Luis... aunque eso, no lo sé.

Nuestro compromiso con ese mensaje, y con el diagnóstico que enfrentaba en ese momento, hizo que viviera una de las decisiones más difíciles de mi vida.. Y... si... la respuesta es: no estuve ahí, y solo pude acompañar a mi padre en su ultimo adiós, desde el silencio de mis pensamientos.





34 EL CABALLO DE TROYA

Desde nuestro retiro voluntario observábamos el regreso con la mezcla extraña de quien se sabe a salvo, pero no indiferente.

El ruido del mundo nos recordaba por qué seguíamos en silencio.

No por miedo, sino por fidelidad.

A la señal.

A la promesa.

A la voz que, años atrás, había dicho con una claridad imposible de olvidar:

“Quédate en casa.”

Y obedecer fue nuestra forma de crear.

Entonces comprendí que ya no era tiempo de callar otra vez.

Que, de algún modo, debía sumarme a esa batalla tan desigual.

Así es que, en 2023, me senté por primera vez frente a mi laptop a escribir ANGELISMO.

Durante el primer año, la historia brotaba sola;
no necesitaba inspiración, solo recordar los hechos vividos.

Pero en 2024, algo cambió.

Las redes comenzaron a llenarse de “mensajeros”,
y lo que hasta entonces parecía una historia íntima y única,
empezó a multiplicarse por miles de voces.

Muchos de ellos hablaban exactamente de lo que yo vivía;
otros iban incluso tres o cuatro pasos adelante.

Por primera vez dudé.

¿Tenía sentido seguir?

¿Acaso lo que creí un descubrimiento personal era ya el “video del día”?

Recuerdo haber pasado horas saltando de un canal a otro.

Al principio me sorprendía.

Después me emocionaba.

Y finalmente comencé a sentir algo que no esperaba:
una extraña sensación de llegar tarde.

Durante años había creído que las piezas que iba reuniendo
formaban parte de una búsqueda personal.

No porque me considerara especial,
sino porque la experiencia había sido profundamente íntima.

Había invertido años haciéndome preguntas.

Años observando.

Años tratando de entender por qué ciertos acontecimientos
parecían conectarse entre sí.

Y de pronto, encendía una pantalla y encontraba a alguien
hablando exactamente de lo mismo.

Las mismas preguntas.

Las mismas sospechas.

A veces, incluso las mismas conclusiones.

Era como descubrir que una conversación que yo creía privada,
en realidad llevaba años ocurriendo en una sala llena de gente.

Durante algunas semanas me convertí en observador.

Escuchaba.

Comparaba.

Tomaba notas mentales.

Intentaba entender si todos estábamos viendo la misma montaña desde distintos caminos,
o si simplemente nos habíamos puesto de acuerdo para repetir las mismas palabras.

Fue entonces cuando apareció una duda más incómoda.

Si tantas personas estaban diciendo lo mismo...

¿qué podía aportar yo?

¿Para qué escribir otro libro?

¿Para qué añadir otra voz a un coro que ya parecía imposible de contar?

Confieso que hubo días en los que estuve a punto de detenerme por completo.

No por falta de fe.

Ni por falta de convicción.

Sino porque comencé a pensar que quizá mi papel ya no era necesario.

Pero había algo más.

Algo que tardé mucho tiempo en comprender.

Cada vez que Mony encontraba uno de esos videos, venía emocionada a mostrármelo.

Y eso no tenía nada de extraño.

Durante años habíamos funcionado así.

Si ella descubría una idea interesante, me la compartía.

Si yo encontraba una pieza nueva del rompecabezas, se la mostraba a ella.

Gran parte de ANGELISMO había nacido precisamente de esas conversaciones.

De cientos de horas intercambiando preguntas,
dudas,
teorías,
coincidencias
y descubrimientos.

Por eso, al principio, aquellos videos eran motivo de celebración.

Era emocionante comprobar que otras personas estaban llegando a conclusiones similares.

Pero poco a poco comenzó a aparecer una sensación incómoda.

Algunas veces terminábamos de ver un video y la emoción que provocaba parecía mayor que la que habíamos sentido cuando habíamos llegado a esa misma conclusión por nuestra cuenta.

Y entonces me descubría pensando:

Sí...

Eso mismo es lo que hemos hablado durante años.

Y guardaba silencio.

Porque tampoco quería convertirme en esa persona que necesita recordar constantemente a los demás que ya lo sabía.

Que ya lo había dicho.

Que se los dijo primero.

Pero la sensación seguía ahí.

Y cada vez se hacía más difícil ignorarla.

No era orgullo.

No era competencia.

Ni siquiera eran celos.

Era algo mucho más extraño.

Después de años compartiendo descubrimientos con Mony, comenzó a parecerme que una tercera voz se estaba sentando en nuestra conversación.

Una voz nueva.

Una voz externa.

Una voz que muchas veces decía exactamente lo mismo que nosotros habíamos discutido durante años.

Y aunque me alegraba escuchar aquellas coincidencias, también me hacía una pregunta incómoda:

¿Por qué esto parecía tener más fuerza ahora que cuando lo decía yo?

Era una sensación difícil de explicar.

Como cuando alguien a quien quieres encuentra una nueva amistad y, de pronto, cada conversación comienza con:

“Fíjate que Fulanito dijo algo muy interesante...”

Y aquello que durante años había sido parte de nosotros, ahora parecía adquirir un valor distinto simplemente porque venía de otra voz.

No era que me estuvieran sustituyendo.

Al menos no realmente.

Pero había momentos en los que así se sentía.

Lo más extraño era que aquellas personas no me estaban quitando una idea.

Me estaban quitando la sensación de haber llegado a ella junto a Mony.

Y eso era algo mucho más difícil de reconocer.

Con el tiempo, Mony también comenzó a notarlo.

Al terminar algunos videos me miraba y sonreía.

—Es como lo que ya habíamos hablado, ¿verdad?

Y casi siempre era así.

Pero para entonces algo ya se había movido dentro de mí.

Comencé a sentir la necesidad de tomar distancia.

No porque aquellos mensajes fueran falsos.

Sino porque no quería confundir mi experiencia con la experiencia de otros.

No quería terminar adoptando como propio algo que simplemente estaba escuchando repetirse una y otra vez.

Necesitaba silencio.

Necesitaba volver a escuchar mi propia voz.

Necesitaba saber qué cosas seguían siendo verdaderas cuando apagaba la pantalla.

Y fue precisamente después de eso cuando algo comenzó a cambiar.

Cuanto más observaba, más comprendía una diferencia importante.

La mayoría repetía información.

Muy pocos compartían experiencia.

Muchos hablaban de teorías.

Pocos hablaban de transformación.

Muchos describían el despertar.

Pocos parecían haber atravesado realmente el proceso.

Y fue entonces cuando comprendí algo que cambiaría mi forma de ver todo aquello.

El valor de un mensaje no siempre está en la información que contiene.

A veces está en la experiencia que lo respalda.

Porque cualquiera puede repetir una verdad.

Pero no cualquiera puede contar el camino que recorrió para encontrarla.

Sin embargo, aquella marea de información pronto se transformó en ola.

Y luego en tsunami.

Y en medio de ese caos comprendí que algo estaba ocurriendo.

No quería caer en lo conspiranoico — como diría Don Enrique de la Fuente —,
pero si las fuerzas del bien existían y enviaban mensajes para evitar nuestra caída,
también debían existir sus contrapartes:
fuerzas oscuras, astutas, con el mismo conocimiento y un propósito inverso.

Y si nosotros, los mensajeros, teníamos clara la misión de despertar,
ellos, sin duda, también sabían cómo detenerla.

La pregunta era inevitable:

¿Estarían ya actuando?

Esto me lleva a volver a ese segundo frente mencionado:
el enemigo aprovechó nuestra otra debilidad,
la avidez por el consumo fácil.

Si los verdaderos guerreros estaban logrando avances dentro del terreno enemigo,
un Caballo de Troya era la estrategia perfecta para infiltrarse.

Y así fue.

Las redes se saturaron de pseudo-mensajeros.

Las voces se multiplicaron,
y el mensaje se volvió ruido.

Entendí entonces que los verdaderos mensajeros no buscan seguidores:

buscan iluminar.

Y vi, con tristeza y preocupación, cómo éramos atacados desde dentro.

¿Cómo luchar cuando ya no puedes distinguir al enemigo?

Falsos gurús.

Maestros de paja.

Divulgadores que ya no investigaban.

Solo repetían lo más visto,
lo más viral,
lo más rentable.

Tomaban los mensajes verdaderos y los sensacionalizaban,
sensacionalizándolos hasta confundir el valor de la verdad con los
números de seguidores y vistas.

Una situación realmente alarmante.

Si estamos viviendo tiempos de revelación,
¿qué mejor forma de desactivarlos que prostituyendo las propias
revelaciones?

Yo no tengo la verdad absoluta,
ni la certeza de que todo sea así.

Solo puedo hablar de lo que veo...
y de lo que siento.

Pero de pronto comenzaron a surgir mensajes por todas partes:

“Si tienes estos síntomas, eres un elegido.”

“Si sientes esto, estás despertando.”

Los videos más comunes hablaban de los llamados “siete síntomas
del despertar”:

zumbidos en los oídos,
cansancio extremo,
dolores articulares,
sensación de soledad,
dificultad para conciliar el sueño,

sensibilidad extrema
y la necesidad de aislarse del mundo.

Curiosamente, muchos de ellos coincidían con los síntomas que millones de personas experimentaban después del virus o de la vacuna.

Desde mi perspectiva, era una estrategia impecable:

usar el propio veneno como cura.

Hacerle creer al hombre que experimentaba todos esos síntomas
que ya estaba despierto,
que ya era parte de los elegidos,
que no necesitaba cambiar,
porque su vibración actual ya era la correcta.

¿Y si todos nos creemos despiertos,
quién seguirá buscando la luz?

Además, convenientemente convertía una situación alarmante de presencia de síntomas de posibles nuevas afecciones causadas por las secuelas del virus o de la vacuna, con un "regalo divino".

Mientras tanto, Mony y yo continuábamos en nuestro encierro voluntario.

La gente pensaba que vivíamos aislados del mundo,
pero nada más lejos de la realidad.

Estábamos aislados de las personas,
no del mundo.

Y ese ambiente controlado era el lugar perfecto para escribir.

Pero después de un año, detuve mi escritura por más de ocho meses.

Sentí que lo que tenía ya estaba entregado.

Mi indecisión me había hecho perder el tren.

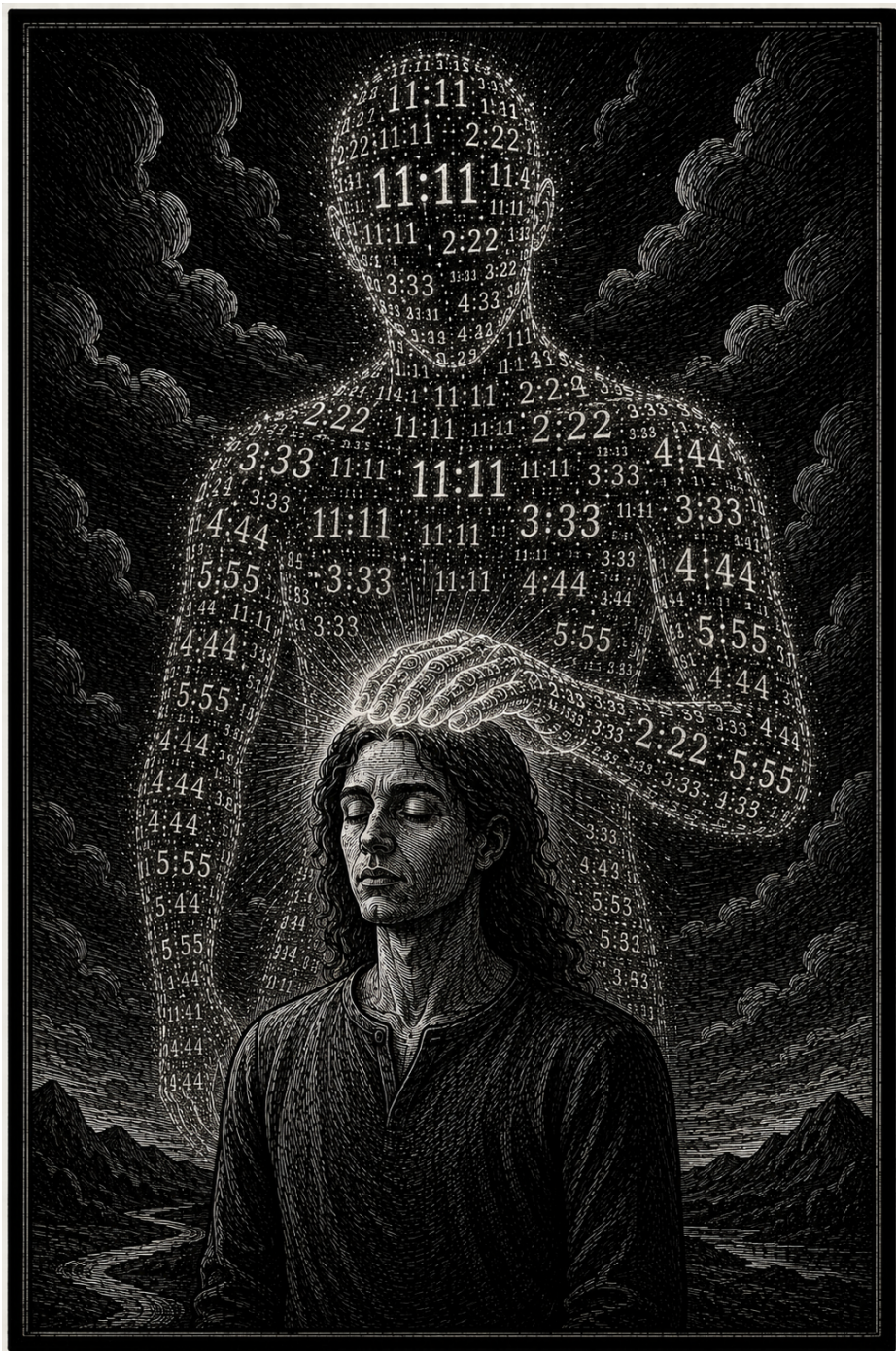
Tal vez esa era la verdadera batalla:

no impedir que el mensaje llegara,

sino enterrarlo bajo millones de versiones falsas.

Y durante un tiempo pensé que yo también había sido derrotado.





35 LOS NÚMEROS ESPEJO

El ruido del mundo se había vuelto ensordecedor, y dentro de nuestro encierro voluntario, Mony y yo buscábamos seguir aprendiendo, mientras yo seguía escribiendo.

Ella estaba convencida de que el aprendizaje no debía detenerse; yo, en cambio, sentía la necesidad de dejar que todo lo experimentado sedimentara en mí antes de seguir construyendo sobre ello. Era como si tuviera que dejar que los cimientos del conocimiento se afirmaran antes de levantar el segundo piso.

Mony, más inquieta y luminosa, continuaba explorando. Pasaba horas viendo y seleccionando videos, discerniendo entre tantos mensajes nuevos que inundaban la red. Su lealtad hacia nuestros “guerreros” era a prueba de balas: los seguía, los estudiaba, los cuidaba como a maestros invisibles.

De todo lo que absorbía, hubo algo que la sorprendió profundamente. Comenzó a notar una sincronicidad constante, casi insistente, con una serie de números que aparecían una y otra vez en su vida cotidiana. Los llamados **números espejo**, secuencias numéricas que parecían seguirla: **el 11:11, el 2:22, el 3:33 etc.**

Al principio lo tomó como una coincidencia simpática, pero pronto vio que aquello era más que casualidad: era insistente.

Buscó explicaciones y descubrió que esos números eran considerados mensajes de alineación y conciencia. Se dice que los números espejo son mensajes del universo, señales de un despertar espiritual que solo se comprende plenamente cuando uno mismo comienza a despertar.

Mony estaba fascinada. Me mostraba con entusiasmo cada nuevo encuentro: prendía la estufa y ahí estaban. Tomaba su teléfono al azar y ahí estaban. Despertaba en la madrugada y el reloj marcaba de nuevo el mismo mensaje luminoso. A todos les tomaba una captura de pantalla, como si los coleccionara.

Yo la observaba con curiosidad y ternura. No me parecía raro; de hecho, menos aún que le pasara a ella. Aunque aquello también me resultaba familiar. En algún momento me había ocurrido, pero nunca le presté verdadera atención.

Hasta que volvió a pasarme, y luego un par de veces más.

Y esta vez, con los ojos más atentos, analicé que había de singular, cuando estos aparecían y comprendí que había algo más.

No eran solo repeticiones.

Eran respuestas.

Eran confirmaciones.

Era comunicación.

Al verlos, comencé a notar un patrón. Cada vez que teníamos una inquietud, una decisión, un proyecto o un problema que requería acción, ocurría.

Por naturaleza, la mente se cuestiona ante una decisión:

¿es correcto o no lo es?

Y justo cuando esa pregunta interior se perfilaba, los números aparecían como si fueran una confirmación a aquello que acabábamos de plantear.

No sé cómo describirlo, pero para mí era una forma de diálogo silencioso que se manifestaba solo en lo esencial. La señal respondía a la pregunta cuando la decisión ya estaba alineada,

como una afirmación silenciosa de que lo que estábamos eligiendo era lo correcto.

Por ejemplo:

Nuestro encierro voluntario duró cuatro años.

Cuatro años sin reuniones, sin fiestas, sin aceptar invitaciones, sin romper el compromiso.

Pero sabíamos que el mensaje de “Quédate en casa” no podía significar vivir encerrados para siempre.

Así que, cuando comenzaron las dudas —cuando ya no había restricciones y el mundo parecía retomar su ritmo—, le pedía a Uriel una señal:

—¿Podemos salir ya de casa?

Y siempre, sin excepción, si había una invitación que nos pesaba dejar pasar, días antes del compromiso alguien que asistiría enfermaba. Decidíamos no ir y después nos enterábamos de que varios invitados también se habían contagiado en la reunión.

Pasó una y otra vez.

Era evidente:

el mensaje seguía activo.

Durante cuatro años obedecimos sin fallar.

Pero al iniciar el quinto año, analizamos nuestro entorno y sentimos que algo había cambiado. Ya no había enfermos y la gente se veía aparentemente sana.

Así que, con precaución y respeto por nuestro compromiso, decidimos aventurarnos poco a poco. Solo a lugares abiertos, siempre con mascarilla, y con la promesa de desistir en cuanto sintiéramos una señal contraria.

Así fuimos al muelle en Downtown, luego a un pequeño pueblo, a una feria navideña, incluso a caminar cerca de un casino.

Y en todos esos lugares, algo muy curioso ocurrió:

no había nadie.

Parecía que el mundo entero seguía en cuarentena, como si la vida nos hubiera reservado cada espacio solo para nosotros.

En las fotos de ese año, los paisajes vacíos parecen postales del encierro y, sin embargo, eran los primeros días de nuestra libertad.

Recuerdo que en el cumpleaños de Mony en Big Bear bromeábamos diciendo que habíamos rentado el bar y el parque de esquí solo para nosotros, porque no había ni una persona más.

Lo sentíamos y agradecíamos como un regalo.

Una caricia del cielo:

“Pueden respirar, pero aún están bajo cuidado”.

Ya confiábamos en esa comunicación.

Con el paso de los meses y la protección que sentíamos, decidimos recibir por primera vez a dos personas en casa. Les explicamos nuestro compromiso y les pedimos sinceridad: si habían estado cerca de alguien enfermo, que nos lo dijeran y pospusiéramos el encuentro.

Y cuando todo estuvo dicho y parecía fluir, le dije a Mony:

—¿Lo hacemos?

Y ella respondió... creo que es buen momento.

Y justo entonces...

aparecieron los números.

Lo mismo ocurrió cuando volví a sentirme tentado por mi gusto de siempre por las fiestas al acercarse Halloween.

—¿Y si hacemos una fiesta de disfraces? —le pregunté a Mony.

Ella sonrió y dijo:

—Creo que aún no es tiempo.

Y, al instante, los números volvieron a brillar en la pantalla de la estufa.

Así fue en cada ocasión.

Me di cuenta de que no importaba si la pregunta era en “positivo” o en “negativo”.

La señal era una confirmación.

Una afirmación al sí o una afirmación al no.

Era como si, en nuestras conversaciones, hubiera un tercer miembro de la familia.

El que daba el voto definitivo.

Cuando le conté esto a Mony, primero me miró seria, pero al instante comprendió.

Habíamos sido testigos juntos.

Lo confirmamos una y otra vez.

Ya no necesitábamos explicarlo.

Solo reconocerlo.

Porque lo habíamos aceptado.

Ahora tenemos en el corazón la certeza de que la aparición de los números espejo corresponde a una sincronicidad:

una respuesta, quizá, a la pregunta que a veces ni siquiera sabes que te estás haciendo.

Pero cuando una decisión está alineada con lo que debe ser...

te lo hacen saber.

